

La carta Zhirinovski

Galia Ackerman

La inesperada victoria de Vladimir Zhirinovski y su partido en las elecciones legislativas de Rusia, no prevista ni por los sociólogos ni por Boris Yeltsin y su equipo, exige una reflexión profunda sobre las razones de este entusiasmo popular hacia un hombre motejado de “bufón” por los intelectuales y por una gran parte de la prensa rusa. Las reacciones a esta victoria espectacular en el campo de los “demócratas” (pongo la palabra entre comillas porque su contenido en la Rusia de hoy parece cada vez más vago) fueron en su mayor parte iracundas y carentes de análisis.

La opinión más extrema pertenece a la “Pasionaria” rusa, la líder de la Unión Democrática, Valeria Novodvorskaia: “Según el artículo 13 de la Constitución, el Partido Liberal Democrático de Zhirinovski y todas las agrupaciones comunistas pueden ser prohibidos, porque predicán la discordia nacional y social. Puede llevarse a cabo por medio de un decreto presidencial. Y si no, son las cámaras de gas, los hornos crematorios y las prisiones lo que nos espera. Yo habría propuesto a Boris Nikoláievich (Yeltsin) olvidar la palabra “democracia”. Rusia ha demostrado su incapacidad para la democracia. Los que han votado en favor de los comunistas y del PLDR (Partido Liberal Democrático de Rusia) no son el pueblo, son la plebe. Y la plebe ama el fascismo. Esa es la razón de que deba crearse una Guardia Nacional en las semanas próximas. Todos nosotros nos alistaremos inmediatamente. Y si se equipa de armas modernas y de aviación, tendremos con qué defendernos” (*Komsomolskaia Pravda*, 16 de diciembre de 1993). Numerosos intelectuales menos belicosos, pero suficientemente militantes han reaccionado a la victoria de Zhirinovski creando un Frente Antifascista Panruso, renovando así la tradición de la izquierda y la extrema izquierda europeas en vísperas de la Segunda Guerra mundial.

La reacción del propio presidente Yeltsin, que guardó silencio durante diez días después del escrutinio, fue mucho más ponderada. Mientras que ciertos miembros del Gobierno ostentaban una actitud francamente hostil hacia Zhirinovski, el viceprimer ministro encargado de las privatizaciones, Anatoli Chubais, anunciaba que se negaba a toda cooperación y que no estrecharía la mano de un fascista, y el jefe de fila de Opción de Rusia,

Galia Ackerman es redactora-jefe de *Continent* (edición francesa) y colaboradora de Radio France International en lengua rusa.

Yegor Gaidar, hacía un llamamiento para la formación de una “coalición antifascista con los comunistas”, el portavoz presidencial, Viacheslav Kostikov, declaraba casi inmediatamente después de las elecciones que los programas del Partido Comunista y del PLDR “correspondían plenamente a la política presidencial, a saber, la orientación social del Estado, el patriotismo y la exaltación de Rusia” (*Le Monde*, 14 de diciembre de 1993). En su primera conferencia de prensa después de las elecciones, Yeltsin hizo una especie de declaración de intenciones en relación con Zhirinovski: “Vamos a ver cómo se porta y sacaremos conclusiones respecto a la posibilidad de cooperar con él” (*Le Monde*, 24 de diciembre de 1993).

Sorprendentemente, el análisis más lúcido del fenómeno Zhirinovski lo dio el periódico ruso comunista *Pravda* (16 de diciembre de 1993). Sin blanquear las ideas de inspiración nacional-socialista de Zhirinovski, *Pravda* afirma que el jefe del PLDR ha sabido reaccionar a los intereses vitales de las masas populares, y que su populismo ganaba por una cabeza al del presidente. Y aunque Zhirinovski sea un gran maestro de elocuencia, no se trata de pura retórica. Este político totalmente desconocido, salido de la nada a la escena política hace unos pocos años, ha sido uno de los primeros que ha planteado el problema real de la defensa de los rusos, víctimas de discriminación en las antiguas repúblicas de la URSS. Del mismo modo, continúa el periódico, las ideas chovinistas de Zhirinovski representan una reacción, a veces exagerada y a veces muy justa, a la política de occidentalización de Rusia, ejecutada a ultranza, sin tener en cuenta las tradiciones, la mentalidad ni los gustos del pueblo ruso. Y, finalmente, la causa principal de la aparición del fenómeno Zhirinovski en el seno de la sociedad rusa citada por *Pravda* es la política de la “terapia de choque”, es decir, la política económica del Gobierno, que ha transformado a millones de personas en pordioseros y parados potenciales y que ha creado una profunda desconfianza con respecto a los demócratas. El periódico añade: “Los que hoy sufren una criminalidad desatada en las calles y corrupción en la administración, que no ven salida a los conflictos étnicos, que desean un restablecimiento del orden elemental en el país, han votado igualmente a Zhirinovski, tanto más cuanto que el jefe del PLDR se presenta como un líder nuevo, sin vínculos particulares ni con la antigua *nomenklatura* comunista ni con los nuevos *apparátchiki* democráticos”.

En efecto, los últimos datos estadísticos confirman que el hundimiento de la economía rusa y el empobrecimiento de la población continúan. El Comité Estadístico de Rusia, *Goskomstat*, acaba de publicar un informe sobre el estado económico y social del país en el período enero-noviembre de 1993 (citado *in extenso* por *Izvestia*, 21 de diciembre de 1993). El PIB, en relación con el mismo período de 1992, ha bajado un 11 por cien, la producción industrial un 16 por cien, la cosecha de trigo, un seis por cien. En el ámbito de los salarios, las desproporciones soviéticas tradicionales entre las diversas ramas de la industria, los servicios y la administración han aumentado más aún. El salario medio en la industria

del gas es de 291.400 rublos, en la construcción, 131.800 rublos, en la industria ligera, 63.500 rublos; en el sector de la sanidad, 65.500 rublos; en la ciencia y la enseñanza superior, 59.200 rublos. Se advierte de una manera clara que los salarios de los científicos y de los médicos son más bajos que los de los obreros de la construcción. A esto se añade el hecho de que el diez por cien de los trabajadores mejor pagados gana diez veces más que los trabajadores peor remunerados, con el salario mínimo establecido en 14.620 rublos. Hace un año, la diferencia era menos elevada: de 7,5 a 8 veces. Y si el nivel actual de paro es mucho menos elevado que en los países industrializados de Occidente (cinco por cien), esta cifra hay que doblarla cuando menos si se toma en consideración una masa de personas que trabajan en un régimen de empleo a tiempo parcial. Son personas que deberían sufrir despidos por razones económicas, pero cuyos puestos se mantienen, con salarios de miseria, a fin de evitar explosiones sociales.

El primero de octubre de 1993, por iniciativa de la administración, 1.070.000 personas trabajaban con horario reducido y 3.681.000 personas tomaron permisos sin sueldo o con sueldo reducido. Es inevitable un aumento del número de despidos con la reestructuración que debe sufrir la industria rusa. Y si en 1992 esta reestructuración afectaba esencialmente a la industria militar, que había perdido dos terceras partes de sus pedidos de producción de armamentos, hoy concierne a una gran parte de la industria en general. La liberalización de los precios de la energía y el aumento de las tarifas de los transportes, que fue su consecuencia, han azotado a numerosas industrias que ahora funcionan con pérdidas. Cada vez con mayor frecuencia dejan de funcionar grandes empresas o disminuyen su producción por un motivo que jamás se dio en la URSS bajo la economía planificada: sus productos no se venden.

A precios reales, se ha comprobado que los consumidores prefieren otros camiones, otros tractores, otras máquinas-herramientas, otros aparatos de radio y otras prendas de ropa que las que corresponden a la normas establecidas por el *Gosplan*. Una de las últimas industrias sacudidas por el paro técnico ha sido la del automóvil. En noviembre de 1993, dos grandes factorías de Moscú, ZIL y AZLK, adoptaron una semana de cuatro días, porque ni los 140.000 camiones al año que fabricaba la primera, ni los 110.000 coches Moskvitch que producía la segunda encontraban suficientes compradores...

¿A qué corresponden los salarios mencionados anteriormente en términos de poder real de compra? En Moscú, a 13 de diciembre de 1993, un conjunto de 18 artículos alimentarios para un mes (entre ellos, los cigarrillos) para un adulto valía, como promedio, 31.000 rublos. Al día y por persona, este conjunto proporciona 9,4 gramos de salchichón, medio huevo, medio litro de leche, 115 gramos de carne, 10 gramos de mantequilla, 5,4 gramos de queso, 30 gramos de patatas y 110 gramos de col y de cebollas, y el resto lo cubre un consumo importante de féculas (pan y patatas). Para una familia de cuatro miembros, el precio de la cesta de alimentos mensual, cuya calidad nutritiva está lejos de ser satisfactoria, sube, pues a 124.000

rublos. Se puede observar que esta cantidad sobrepasa el salario medio en la mayoría de los sectores de actividad y, sin embargo, no comprende ni el alquiler, ni los medicamentos (que son todos de pago), ni la ropa, ni el transporte.

Planteemos ahora otra pregunta: ¿A qué debe llevar esa reestructuración que propugnan los reformadores, con Yegor Gaidar a la cabeza? El objetivo proclamado es el de transformar Rusia en un Estado moderno, digno de un lugar destacado en la comunidad de las naciones. Pues bien, quienes nunca hayan puesto los pies en Rusia difícilmente podrán imaginar que a sólo unos kilómetros de Moscú, ni siquiera las *dachas* de los *apparátchiki* tienen teléfono, ni retrete con cisterna, que la red de carreteras, aparte de los grandes ejes, es inexistente, que en Moscú, la capital, sin hablar de las otras ciudades, no existe corriente trifásica en los pisos, de modo que es imposible instalar una lavadora o un lavavajillas. Mientras el telón de acero estaba bien fijo, el mito de una superpotencia que aterrizaba al mundo entero y enviaba naves al espacio llenaba las lagunas de la vida cotidiana, más fácil y menos tensa que hoy, pero lejos de los niveles occidentales. Ese mito ya no existe.

Todo está por hacer o por rehacer, desde la A a la Z, y recae sobre una población exangüe después de cuatro generaciones sacrificadas sobre el altar del socialismo, en un país destruido por sus ambiciones militares y políticas, y saqueado por su clase dirigente. Es verdad que una ayuda occidental masiva que sumara decenas de miles de millones de dólares habría podido mejorar la situación, pero no habría podido ayudar a resolver los problemas de fondo de este país de 150 millones de habitantes y a transformar una nación de beneficiarios en trabajadores según el sentido occidental de la palabra.

A medida que pasan los años y que el entusiasmo de los comienzos de la *perestroika* parece muy ingenuo, resulta cada vez más evidente que al “Alto Volta con misiles”, según una broma periodística, le habría sido infinitamente difícil alcanzar a la comunidad de los países desarrollados, a pesar de sus grandes riquezas naturales y el alto nivel intelectual de sus equipos de científicos y de ingenieros. Y el hecho de encontrarse en un país pobre del Tercer Mundo tras tener la costumbre de ser ciudadano de una superpotencia es paralizante y humillante. Se pueden citar los nombres de algunos culpables de esta situación. Son los políticos y los economistas occidentales que no pudieron evaluar correctamente el estado desastroso, vetusto y aislado de la industria y de las infraestructuras de Rusia y que hicieron resplandecer ante los dirigentes rusos el espectro de una ayuda occidental. Son los políticos y los economistas rusos que, conociendo mejor su país que sus colegas extranjeros, creyeron, sin embargo, en soluciones milagrosas.

Pero probablemente debe imputarse la mayor de las responsabilidades a los intelectuales rusos. Recordemos que el primer acto de la *perestroika* fue la *glasnost*, con la apertura de los archivos secretos y la salida de informaciones sobre la historia verídica de la URSS: la muerte de sesenta millones en el Gulag, los asesinatos políticos, los trabajos de zapa y de

provocación contra los países occidentales, la carrera de armamentos, la ayuda militar a regímenes sangrientos y movimientos terroristas, Vietnam y Afganistán, Angola y Etiopía... En su entrevista con Giancarlo Bosetti, el gran filósofo de la modernidad Karl Popper explica que la única gran idea del marxismo que aún subsistía en la época de la posguerra era la de la necesidad de destruir el capitalismo. Llamando la atención sobre ciertos pasajes de las memorias de Jruschov y de Sajarov, Popper afirma que el objetivo real de la instalación de misiles con cabeza nuclear en Cuba era la destrucción de Estados Unidos y que el fracaso de esta tentativa fue el origen de la decadencia y hundimiento del Estado soviético. Los intelectuales rusos, tras haber conocido, con pruebas demostrativas, que han vivido en un Estado criminal desde su creación y hasta su derrumbe, ¿no debían confesarse culpables? ¿No debían reconocer y explicar a la población que existe una responsabilidad colectiva por docenas de años de comportamiento criminal a nivel nacional, de comportamiento destructivo y suicida al mismo tiempo?

Se cita con frecuencia el parecido de la situación de la Rusia actual y de la Alemania de Weimar. En efecto, las semejanzas son grandes: humillación nacional vinculada a la derrota, paro, hiperinflación, miseria. Pero Alemania, igual que la mayor parte de los otros países europeos, entró en la Primera Guerra mundial merced a un juego complicado de alianzas y de intereses y no sufría una responsabilidad moral especial por esta guerra que bien podría haberse quedado en otra guerra balcánica. La amputación de una parte de sus territorios y el pago de reparaciones se sentían, desde luego, como una injusticia flagrante.

Otra cosa distinta ocurre con Rusia. Esta heredera del Estado soviético debería pasar por la catarsis de un arrepentimiento nacional y pagar efectivamente el precio de la demencia colectiva que se llamó “la construcción del socialismo”. Cuando se cree haber sido ofendido, se experimenta una humillación, pero cuando se ha pecado es necesario dar pruebas de humildad. Y es en la humildad donde se encuentra quizá la salvación de este país. Entonces, en lugar de soñar con Mercedes o con unas vacaciones en las Baleares, se contentarán con poco y trabajarán humildemente, labrando su pedazo de tierra, construyendo un trozo de carretera alquitranada para unir dos pueblos vecinos, abriendo una carpintería, una carnicería o un jardín de infancia.

Pero no ha existido el arrepentimiento. En respuesta a una situación catastrófica, a esta “biología de la muerte social”, según expresión del escritor de derechas Aleksandr Preojanov, ha aparecido un líder carismático, ilustrado y políglota, Vladimir Zhirinovski. El credo de este hombre y de su partido, expuesto en *Izvestia* el 28 de agosto de 1993, abunda en absurdos. Propone, por ejemplo, mantener y desarrollar la industria militar a fin de vender armas a las antiguas repúblicas de la URSS, porque “nuestros vecinos necesitan muchas armas para explicarse entre sí”. Y al cabo de algún tiempo, serán estos vecinos los que “se arrastrarán hacia nosotros decaídos, hambrientos, enfermos, los unos sobre muletas, los otros en camilla... Vendrán a mendigar aunque no sea

más que agua caliente para lavarse. Nosotros acogeremos a algunos —a los hermanos eslavos sin discusión—, pero no habrá República de Ucrania. Habrá una veintena de provincias sometidas al centro”. De momento, propone Zhirinovski, es preciso recuperar de las repúblicas a “todos los que quieran irse, de manera rápida y organizada. Castigando la negligencia y el desorden de acuerdo con las leyes del tiempo de guerra. Los rusos se marcharán y ya no habrá ni médicos ni obreros cualificados. Porque nosotros no tenemos la intención de poner a flote las “periferias nacionales”. Los habitantes de esos lugares quieren criar ganado, cultivar la vid. No tienen necesidad de institutos, cohetes espaciales ni fábricas ruidosas. Alejémonos, dejémosles vivir. En Tashkent hay que construir más mezquitas y evacuar hacia Rusia su factoría de aviación”.

Es evidente que ninguna de las frases de Zhirinovski es realista. ¿Cómo acoger en Rusia a 25 millones de rusos étnicos que viven fuera de sus fronteras, si no hay vivienda ni trabajo para ellos? ¿Cómo evacuar hacia Rusia empresas industriales que se encuentran en el territorio de Estados que ya son independientes? ¿Es razonable vender armas a los vecinos para atizar guerras en sus propias fronteras? Pero este hombre no es un realista. Su discurso es un mensaje onírico enviado a todos los “olvidados”: oficiales del Ejército y personal de las empresas del complejo militar-industrial, obreros cualificados de la industria pesada y jubilados, maestros y amas de casa, los que han perdido toda sus economías en las cajas de ahorro y los que han perdido un pariente en Afganistán.

No es, pues, difícil comprender por qué, en las circunstancias actuales, uno de cada cuatro de los que han ido a las urnas haya votado a Zhirinovski. Más enigmático es saber gracias a qué medios ha conseguido organizar una campaña electoral de gran envergadura, imprimir hermosos pasquines y carteles, y comprar un tiempo en antena considerable en diversas cadenas de radio y televisión del Estado (tras la lista gubernamental de Opción de Rusia, el PLDR de Zhirinovski es quien más tiempo en antena ha comprado). Aquí entramos en el campo de las conjeturas. Sin embargo, muchos bóxervadores atentos, lo mismo en Rusia que en el extranjero, opinan que el equipo presidencial, en un primer momento al menos, jugó deliberadamente la carta Zhirinovski (que inició su ascensión bajo el gobierno de Mijail Gorbachov), a fin de arrebatar votos a adversarios más prestigiosos, dividir a la oposición leal (Movimiento de Reforma Democrática, Unión Civil...) y dividir al que Boris Yeltsin consideraba su enemigo principal, el Partido Comunista.

Esta táctica de los radicales del equipo presidencial parece prestada de Lenin, quien veía como enemigos principales a quienes estaban precisamente más cercanos a los bolcheviques: los demócratas sociales y los socialistas revolucionarios (SR) de izquierda. Los observadores señalan de igual manera que Zhirinovski apoyó a Yeltsin durante su reciente confrontación con el Parlamento anterior y aprobó la dispersión de éste a cañonazos y que fue incluso uno de los más calurosos partidarios de este golpe. Del mismo modo, ha apoyado la nueva Constitución, que da grandes atribuciones al presidente (el verano pasado participó en la

preparación del proyecto de Constitución, sentándose a la derecha de Boris Yeltsin), que cuenta con utilizar algún día para sus propios fines.

Salta a los ojos que ciertas acciones del presidente y de las autoridades en general no están ciertamente en desacuerdo con los principios proclamados por Zhirinovski. A este respecto escribe *Pravda*: “Actualmente, los demócratas radicales afirman no tener nada en común con Zhirinovski. Pero, ¿es verdad? ¿No han hecho los demócratas radicales multitud de promesas que no han cumplido? Purgas étnicas contra los caucasianos, la recuperación de la autonomía de las repúblicas, que había sido ya entregada, declaraciones chovinistas con respecto a antiguas repúblicas de la URSS, en fin, una exaltación de la fuerte personalidad del presidente y una justificación de la toma del Parlamento, ¿no es todo ello una lista de medidas copiadas del programa de Zhirinovski?” (16 de diciembre de 1993). En efecto, Boris Yeltsin no ha esperado a los resultados del escrutinio para desviar su política en el sentido “patriótico”, nacionalista. La principal lista yeltsiniana, Opción de Rusia, marchó al combate bajo los colores de Pedro el Grande y San Jorge aplastando al dragón. Y el gran responsable de la información, Vladimir Shumeiko, declaró hace unos días que hacía falta “llenar el actual vacío ideológico” con “la idea del renacimiento de Rusia” (*Le Monde*, 24 de diciembre de 1993).

En mi artículo “¿Será Rusia una democracia?” (*Política Exterior*, núm. 36, 1993-94), intenté demostrar que el curso de los acontecimientos en Rusia favorece la instauración de un régimen presidencial fuerte, lo que es muy compatible con el gusto de Boris Yeltsin por el poder. Los últimos acontecimientos confirman este pronóstico. La nueva Constitución le da un poder considerable, ya legalizado. Coloca al Parlamento, todavía menos cómodo que el que disolvió, en un papel subalterno. Le permite, por interpretación sesgada de un párrafo que figura en las disposiciones anexas a la ley fundamental, no poner en juego antes de junio de 1996 el mandato presidencial. Y, finalmente, le permite no modificar, por lo menos en un primer momento, la composición de su Gobierno en función del equilibrio de fuerzas de la Asamblea. Recientemente, el presidente consumó *de facto* otro deseo de Vladimir Zhirinovski. El 22 de diciembre de 1993 firmó un decreto que dismantelaba el Ministerio de Seguridad, es decir el antiguo KGB, y lo sustituía por un nuevo organismo situado directamente bajo el control de la Presidencia. A pesar de la demagogia unida a esta decisión (el portavoz presidencial presentó este decreto como una ilustración de la “elección democrática de la estrategia presidencial”, *Le Monde*, 23 de diciembre de 1993), entra en el hilo de la política que se ha seguido estos últimos meses, es decir un reforzamiento constante del *aparato* del presidente.

El comportamiento de Boris Yeltsin con respecto a Vladimir Zhirinovski recuerda curiosamente al de Mijail Gorbachov en relación con los futuros golpistas pocos meses antes del golpe fallido de agosto de 1991. En aquella época, el presidente de la URSS se rodeó de varios conservadores, como Yanaiev, Yazov, Pugo, Kriushkov, y con ello

descartó a cierto número de demócratas, como Edvard Shevardnadze, y a varios intelectuales eminentes. Al hacerlo, intentaba aparentemente frenar el curso del navío estatal que controlaba cada vez menos, y al mismo tiempo presentarse como un moderador de tendencias opuestas. Del mismo modo, un Zhirinovski fuerte, incoherente y ruidoso hace pasar por moderadas las tesis del presidente. ¿Servirá Vladimir Zhirinovski de contraste a Boris Yeltsin para facilitar al presidente la tarea de desembarazarse al cabo de unos meses de los incondicionales duros de la economía de mercado que hay en su entorno, para hacer aprobar medidas en favor del complejo militar-industrial, para reprimir más severamente los separatismos regionales? No parece que esto se pueda descartar.

Pero la Historia jamás es previsible. ¿Podrán las fuerzas que han empujado a Zhirinovski al primer término de la política rusa detener su irresistible ascensión?